

REFLEXIONES EN TORNO A LA SELECTIVIDAD

Miguel A. Zabalza
Universidad de Santiago

Cada año, cuando llegan las fechas fatídicas de junio, vuelve a hacerse recurrente el tema de la selectividad y comienzan a llover comentarios (casi siempre críticos) contra un procedimiento selectivo que no convence a nadie pero al que tampoco nadie está en condiciones de proponer alternativas claras.

He aceptado gustoso participar en este número monográfico dedicado al tema de la selectividad porque entiendo que se trata de una cuestión importante y de mucha actualidad. Pero no pretendo realizar un estudio erudito sobre la cuestión puesto que no se trata de un ámbito al que me haya aproximado con propósitos de investigación o análisis profundo.

Lo que sí puedo adelantar es que mi posición es de claro rechazo del sistema por las muchas y muy significativas perversiones que ha introducido en el proceso formativo de los jóvenes y en el funcionamiento de nuestras instituciones. En los últimos años he mantenido esta posición en cuantos foros he participado, desde la Junta de Gobierno de mi Universidad hasta los debates en Seminarios y Comités dedicados a estudiar el tema.

Los puntos siguientes no son sino la expresión de los argumentos en los cuales se fundamenta esta posición. Se trata de argumentos que yo mismo reconozco como vulnerables y limitados. Su única justificación es tratar de romper la lógica excesivamente lineal e igualmente vulnerable de los argumentos utilizados por el Sistema actual para defender que no hay otra posibilidad y que, pese a sus defectos, la selectividad es la única vía posible para organizar la Enseñanza Superior.

Curiosamente, y por primera vez desde hace bastante tiempo, comienzan a oírse voces discrepantes dentro del propio Sistema. El Consejo de Universidades acepta entrar a debatir el tema y propone presentar una reforma del mismo para dentro de un par de años. La Ministra de Educación y Consejeros de Educación de diversas Autonomías dicen hacerse eco de las muchas críticas recibidas por el actual procedimiento selectivo y declaran su compromiso en buscar procesos alternativos.

A finales del mes de marzo, el Ministro de Educación italiano declaraba que “era posible suprimir la selectividad”. No sé cuál haya sea en la actualidad la postura de la coalición

El OLIVO, vencedora en las elecciones, con relación a este punto pero ya es importante que un Ministro de Educación señale que es posible suprimir la selectividad.

Se está celebrando estos días (principios de Julio) en Santiago de Compostela el Congreso Internacional sobre el Acceso a la Enseñanza Superior y nuevamente se han podido escuchar aquí voces críticas sobre la situación en España y en otros países de nuestro entorno.

En definitiva, estamos en un buen momento para “hablar mal” de la selectividad. Pero al menos en mi caso, no se trata de aprovecharse de la coyuntura. Los problemas de la selectividad han estado siempre ahí. No se puede decir que se trate de problemas de tipo técnico u organizativo. Al contrario, cada vez se perfecciona más el modelo y se neutralizan los numerosos problemas organizativos y de gestión que enturbiaron el proceso de selección hace algunos años.

El problema es de fondo, de filosofía y, sobre todo de “efectos”. Lo peor de la selectividad es que nos sitúa a todos ante una nueva lógica en la que el protagonismo corresponde al Sistema y los individuos quedamos reducidos a meras piezas al socaire de los vientos de las estrategias que el propio sistema genera para resolver sus problemas o para evitarlos.

EL SENTIDO DE LA SELECTIVIDAD

Si nos atenemos al discurso explícito de la normativa podríamos decir que la SELECTIVIDAD es la prueba que deben realizar los estudiantes de secundaria, una vez finalizado el bachillerato, para poder ingresar en la Universidad.

Cada año, los boletines oficiales de las diversas administraciones educativas convoca a todos los aspirantes a realizar estudios universitarios para que realicen las denominadas PRUEBAS DE ACCESO a la Universidad.

Normalmente, el fundamento y justificación de la SELECTIVIDAD suele argumentarse a partir de dos razones básicas:

-la llamada *masificación* de los centros universitarios que obliga a reducir el número de estudiantes que se pueden admitir en ciertas Facultades. La masificación, se dice, hace imposible la *calidad* de la enseñanza universitaria.

-la llamada *adecuación a las necesidades del Sistema* productivo. No parece lógico, se argumenta, que estemos graduando a profesionales que no son necesarios en la sociedad ni en el Sistema productivo. Siendo la Universidad uno de los mecanismos de autorregulación de los recursos productivos resulta ineficiente, despilfarrador y distorsionador del equilibrio del Sistema la hipertrofia del número de profesionales y técnicos en ámbitos en los que no son necesarios.

Dado que ésta última no puede resolverse a través de medidas de este tipo (la bolsa de paro se ha extendido ya a todas las carreras y profesiones) al final los argumentos suelen centrarse en la primera de las razones: para funcionar bien, las Facultades precisan reducir el número de estudiantes que ingresan en ellas. De hecho son las Facultades y Escuelas la

que deciden (sin hacer mucha consideración de las necesidades del mundo del trabajo) el número de plazas que ofertarán cada año.

De todas maneras, se trata de dos razones dignas y respetables. Pero las dos tienen algo en común: tratan de resolver problemas del Sistema. Y lo hacen a través de los mecanismos que sean menos lesivos para el Sistema, aunque dichas respuestas resulten fuertemente lesivas para los individuos.

La idea es evitarse problemas bien sea en la organización de las Facultades, bien sea en la incorporación de los graduados al mundo del trabajo. Lo que suceda en la forma de llevar a cabo ese proceso, las consecuencias que puedan traer consigo las medidas adoptadas quedan en ese mundo de sombras al que lo técnicos tienden a reducir los efectos secundarios de sus decisiones. Pero la solución no está en negar tales efectos negativos, ni en aceptarlos como inevitables. Hay que hacerles frente, al menos con la misma intensidad con se trata de hacer frente, a través de la selectividad, a los problemas de la masificación y del empleo.

Es decir, los responsables del Sistema Educativo y de las Universidades tenían importantes problemas: masificación y colocación. Decidieron que la *selectividad* era una fórmula adecuada para resolver dichos problemas. Aunque la experiencia demuestra que ninguno de los dos problemas es resoluble por esa vía, la selectividad se mantiene porque no se ve otra salida.

Ahora los que tienen problemas son los sujetos: antes podían hacer la carrera que quisieran, ahora pueden verse abocados a hacer un tipo de estudios que ni les atrae ni nunca pensaron en ello. Es decir, quienes tienen problemas ahora son los estudiantes. Pero es como si sus problemas no tuvieran importancia. “No hay nada que hacer”, se nos dice. “No nos queda más remedio que sacrificar los intereses y las vidas personales al Sistema”.

LAS FUNCIONES DE LA SELECTIVIDAD

Se le atribuyen diversas funciones a la SELECTIVIDAD :

a) Establecer un nivel mínimo de conocimientos como requisito de entrada en la Universidad.

De esta manera se pretende homogeneizar el nivel de competencias con los estudiantes acceden a la Universidad. La presión del examen, se dice, hace que los centros de secundaria tengan un punto de referencia que oriente su trabajo.

b) Establecer una correlación realista entre puestos disponibles en los diversos centros universitarios (plazas convocadas) y nuevas incorporaciones de estudiantes.

c) Permitir establecer un baremo objetivo que resuelva el orden de prelación a la hora de optar por unos estudios u otros en aquellos casos en que haya limitación de plazas (*numerus clausus*).

Es posible que, vinculado a éste, exista un propósito menos confesable: orientar los mejores estudiantes hacia las carreras más prestigiosas. O dicho al revés, permitir a las Facultades más prestigiosas e exigentes hacerse con los mejores estudiantes.

En realidad, la única función que cumple la *selectividad* es más genérica y tiene que ver con la última de las mencionadas: **clasifica** a los estudiantes en función de los resultados obtenidos.

Las otras dos funciones no las cumple, al menos no en sentido estricto:

... la primera podría cumplirse, sin duda, pero no constituye uno de las aportaciones sustantivas del proceso de selección. Aunque la palabra parecería sugerir esa función como elemento definidor: seleccionar a los mejores estudiantes de secundaria para su ingreso en universidad.

Es cierto, que las pruebas constituyen un ejercicio que exige un alto nivel de pericia y conocimientos por parte de los estudiantes. Sin embargo, aunque no todos los estudiantes aprueban, sí lo hacen un porcentaje muy alto. Es decir, de haber selección ésta se produce en los Institutos y Centros de Secundaria.

... la segunda tiene un sentido relativo. La idea de que los centros tienen recursos (físicos como aulas, personales como profesores o funcionales como laboratorios y posibilidad de hacer prácticas, etc.) es una verdad a medias. Más que acomodar los recursos a las demandas, los centros tratamos de acomodar la demanda a los recursos que nosotros mismos “limitamos”.

En ocasiones, se ha procedido a señalar “*numerus clausus*” por imagen (para que no parezca que nuestra carrera es de segunda categoría).

En todo caso, no se ha hecho un estudio serio, que yo sepa, que averigüe cuántos estudiantes tendría el primer curso de cada titulación si se dejara un acceso libre.

LAS PERVERSIONES DE LA SELECTIVIDAD

Tal como yo lo veo se pueden atribuir a la selectividad el siguiente catálogo de perversiones:

a) La primera y principal de todas es que vacía de sentido de futuro a la juventud. Nuestros jóvenes han perdido la capacidad de control de su propio futuro.

Lo que uno va a ser ya no depende de sí mismo sino de la coyuntura. Uno ya no define su vocación sino que lo hace el sistema, las circunstancias, etc.

Yo no soy capaz de encontrar nada en las modificaciones del proceso de socialización acontecidas durante los últimos veinte años que haya tenido unos efectos tan perversos sobre la constitución de la propia identidad y la construcción de sí mismo.

Y lo peor de todo es que tal condición ha sido asumida sin contestación porque se ha producido con nocturnidad y apoyada en los sibilinos mecanismos de alienación que ha desarrollado el sistema.

“No soy capaz de entender, les he confesado a veces a mis alumnos, cómo estáis dispuestos a montar un Cristo por las fechas de los exámenes o por el pretendido machismo de un adje-

tivo inadecuado pero nadie dice nada por algo tan grave como la selectividad". "Es que el Sistema se ha perfeccionado mucho, me ha contestado alguno, hasta hacernos entender que las condiciones las pone él no nosotros".

Grave es que no haya puestos de trabajo. Grave es que cada vez se alargue más el periodo de formación y se retrase la incorporación efectiva al mundo de los adultos. Pero ninguna cosa de esas es comparable al hecho de que uno no pueda disponer de su futuro. Que cuando preguntas a un chico o chica joven *¿qué le gustaría ser de mayor?* te responda que no sabe, que eso dependerá de la nota que saque en la selectividad.

Cuando se señala que nuestros jóvenes universitarios carecen de motivación y de capacidad de compromiso porque ven difícil colocarse, eso es cierto sólo a medias. Ese mismo vaciamiento lo hemos provocado ya desde mucho antes transmitiéndoles (e imponiendo por la fuerza) la idea de que ellos no tienen nada que decir salvo esforzarse por sacar una buena nota que les permita alcanzar un puesto en el ranking superior a los otros contendientes por las pocas plazas disponibles en las diferentes carreras.

A veces se contraargumenta que las quejas contra la selectividad son infundadas puesto que son muchos los estudiantes que cursan la carrera que eligen en primer lugar.

¡Ojo con ese argumento! Aunque así fuera, que no lo es, eso no significaría exactamente lo que se quiere dejar entrever. Entran en su primera opción porque ya antes ellos mismos han autorregulado su selección: saben qué pueden pedir y qué no.

Habría que hacer esa comprobación pidiendo a los estudiantes que presentaran su opción antes de realizar las pruebas (y, aún así, ya vendrían condicionados por su propia percepción del rendimiento en los años de bachillerato).

En definitiva todo aquello de la *vocación*, de sentirse protagonista de la propia vida, de ir construyendo desde joven un Proyecto de Futuro (es decir, todo lo que nos lleva al individuo y su autonomía) suena ya como a rancio, como si estuviéramos hablando de otra época, otro país u otra forma de vida.

Pero añadamos, que todo esto es aplicable sólo a una porción (muy grande, eso sí) de la sociedad. Si se tiene dinero aún se puede pensar en seguir la propia *idea*. Si no puedo cursar los estudios que quiero en la enseñanza pública ya buscaré alguna privada donde hacerlos. Y si no lo puedo hacer en España ya pondré los medios para hacerlo en otros países.

b) Una segunda perversión (muy importante desde el punto de vista educativo, aunque algunos lo aplaudan desde la lógica social que el propio Sistema impone) tiene que ver con la escalada competitiva a que se somete a los jóvenes desde que entran en la secundaria.

El vicio de la competitividad (virtud, según el Sistema) inoculada desde la adolescencia genera un fuerte stress y una falta de sosiego que se mantiene a lo largo de toda la escolaridad. La vida escolar se convierte, más que nunca, en una carrera de obstáculos (y no, como debiera ser, en un conjunto de experiencias enriquecedoras personal y culturalmente).

Al final, los muchachos más conscientes (aquellos que pese a todo han ido construyendo un proyecto de futuro a la medida de sus expectativas) pasan por su adolescencia sin vivirla. Preocupados por sus medias desde los 14 años. Y aunque no vivan preocupados por ello viven bajo sus consecuencias: pobre de aquel o aquella que se enamora o cae enfermo

o tiene un traspié porque (mucho o poco, depende de la importancia del mismo) se verá afectado/a por ello.

c) La perversión de una exigencia de calidad generalizada y sin matices.

Se tiene la pretensión de que uno tiene que ser bueno en todo y bajo cualquier circunstancia. Se va a clasificar sobre la base de las medias que demos en una infinidad de campos.

Te guste o no te guste, te interese o no, resulte importante para tu futuro o no, la escuela (el Sistema, los otros) decide que hay que ser bueno en todo. Así que si hay algo que realmente te interesa, algo en lo que encuentras que podrías profundizar, debes renunciar a hacerlo porque eso te impediría cumplir las exigencias (amplísimas e impersonales) que marca el programa (en el cual, por cierto, la opcionalidad ha sido reducida a la mínima expresión).

Con eso se resuelve, nuevamente, un problema del Sistema (cada especialidad o disciplina desea tener garantizadas muchas horas a poder ser *obligatorias* para todos; el horario debe ser cómodo; los recursos empleados han de ser escasos) pero a costa de someter a una presión desmesurada a los individuos.

El modelo anglosajón parece más justo en eso. Es cierto que uno precisa demostrar que es capaz de alcanzar altos niveles. Pero ya se entiende que uno no los puede alcanzar en todas las materias. Si yo demuestro que soy capaz de hacerlo en alguna de ellas, demuestro también que podré hacerlo en las otras. La cuestión, por tanto, estaría en exigir que los candidatos a una determinada carrera demostraran que son capaces de lograr buenos niveles en dos o tres materias (incluyendo en ellas una o dos materias relevantes para los estudios que se pretende iniciar).

Eso concede un cierto sosiego. No tiene uno que estar pendiente de ser bueno en todo. Y, sobre todo, le concede a uno la posibilidad de tomar decisiones sobre su propio futuro, comprometerse en aquello que le gusta.

d) La perversión de la comercialización de los resultados.

Se trata de esas cosas difíciles de probar pero que forman parte de la comidilla cotidiana: "si puedes pagártelo, se dice, vete a un centro privado. Te costará caro pero te garantiza una media alta.

Media alta no como resultado de un programa pedagógico más ajustado y de mayor calidad. Media alta como resultado de un proceso de "inflar" las notas.

De esto no se puede hablar indiscriminadamente, es cierto. También hay Centros privados que no sólo no hinchaban las notas de sus alumnos sino que incluso las reducen, en caso de duda, para evitar que se deteriore la imagen pública del Centro (el mérito está en presentar a muchos a la selectividad sino en que todos los presentados la aprueben).

e) La perversión de la pretendida "objetividad" de los exámenes para identificar a los mejores estudiantes.

Sólo los poco conocedores de la naturaleza de la evaluación y de los factores que la condicionan pueden creer que un sistema de exámenes sirve para identificar a los mejores estudiantes.

Los exámenes, como cualquier otro procedimiento de evaluación y selección tiene sus limitaciones: en la forma de ser planteados, en la forma de ser aplicados, en la forma de ser

corregidos. La situación a que se someten los estudiantes es sólo virtualmente “homogénea e igual para todos”.

Este punto nos llevaría a una discusión técnica de gran calado que no viene a cuento aquí. Porque en el fondo la cuestión no es tanto si exámenes sí o exámenes no: puesto en la disyuntiva que tener que seleccionar algún criterio hay que utilizar.

El vicio (técnico y ¿ético?) está en que una parte tan importante de tu vida como es la carrera que estudiarán y, por tanto, la profesión que ejercerás en el futuro depende de un examen y de las circunstancias en que éste se produzca.

¿Cómo es posible que unas décimas puedan condicionar mi vida? ¿Cómo es posible que alguien pueda entender que un 0,10 en una nota que proviene de un complejo juego de medias entre las notas otorgadas por un grupo muy dispar de evaluadores acabe suponiendo que en lugar de hacer *arquitectura* que ha sido el sueño de mi vida, me vea haciendo Matemáticas o Físicas?

Ese es el drama y recapacitar sobre ello puede resultar altamente perturbador para cualquier evaluador reflexivo.

f) Finalmente quisiera destacar, aunque sea de pasada, que toda esta situación convierte en algo inútil la *orientación profesional* a la que tanta importancia pretendió dársele como uno de los objetivos importantes de la enseñanza secundaria.

Lo que yo vaya a estudiar (y pienso que esto forma parte sustantiva de “lo que yo vaya a ser”) no depende tanto de lo que me gusta o interesa personalmente, tampoco de cuáles sean mis capacidades más fuertes. Dependerá de la coyuntura y de factores imprevisibles que me acompañarán de los 14 años en adelante hasta llegar a los días D de mis exámenes de selectividad.

En este marco se comprenderá que resulta un poco estúpido hacer mucho esfuerzo por descubrir con los jóvenes cuál es su perfil vocacional y animarles a cultivarlo y a reforzar sus dimensiones.

En algunos contextos educativos “inteligentes” los sistemas de orientación vocacional han sido sustituidos por sistemas de “entrenamiento intensivo” en la realización de los exámenes de la selectividad. Sin duda se trata de una competencia mucho más básica y central para el propio futuro que desarrollar un esforzado proceso de autoconocimiento y desarrollo personal acorde con las propias expectativas.

Hasta aquí me he referido a los efectos perversos que la *selectividad* tiene con respecto a los individuos. Habría mucho que decir con respecto a los efectos que no tanto la selectividad cuanto el *numerus clausus* que está a su base tiene con respecto a la organización de las carreras, la distribución del prestigio de las mismas o los juegos de poder en el seno de la Universidad (en donde aparecen Centros fuertes y elitistas que limitando el número de estudiantes tratan de incrementar la calidad de los estudios que ofrecen y otros Centros masivos que se ven abocados a renunciar a procesos de calidad y a servir de centros de “acogida” para cuantos no logran ingresar en las carreras atractivas).

¿Tiene algo positivo la selectividad?

He defendido hasta ahora que la selectividad es un proceso perverso tanto en su sentido como en sus consecuencias. Pero no confundamos, lo perverso no reside en la selectivi-

dad en sí misma (al fin y al cabo, los exámenes no son sino un medio o instrumento) si en la filosofía y visión de la formación que le sirve de base.

Ya señalaba en un punto anterior que la selectividad no se mejora con medidas técnicas. No se trata de que los exámenes estén mejor hechos o de que la selección dé más importancia a las materias específicas que a las generales. Con esas medidas no se sale del curso general: estamos en el mismo pantano cenagoso aunque ahora nos pongamos en otra posición. Al final, los efectos van a ser los mismos.

Pero veamos, ¿qué pasaría si no hubiera selectividad?

Si la situación sigue como hasta ahora (es decir, debiendo atender a la exigencia de clasificar a los estudiantes por sus notas en lugar de distribuirlos por sus intereses vocacionales), sin selectividad las cosas podrían, incluso, empeorar.

a) Si el sistema de cooptación fuera el mismo (aquellos con mejores medias de Bachillerato eligen primero) lo que sucedería es que todavía se acentuaría más el posible efecto desequilibrador de las calificaciones de Bachillerato. Desaparecería un mecanismo impropio pero objetivo de igualar la situación para todos.

Los alumnos de centros (y en el fondo de profesores) “duros” quedarían desprotegidos frente a sus compañeros con profesores “blandos”. Los Centros que “hinchan” las notas verían muy recompensada su actuación y eso les atraería nuevas oleadas de clientes ansiosos de “comprar” sus opciones de ingreso en carreras muy solicitadas.

b) Que perdería tensión la vida académica de la secundaria (cosa que algunas personas parecen temer). La espada de Damocles (lejana pero efectiva) de la selectividad y las devaluaciones (próximas) dejarían de poseer esa capacidad de “poder en manos de los profesores”, lo que nos obligaría a tener que buscar otros sistemas menos agresivos de motivación.

c) Que en un país con una fuerte cultura del “apoyo no institucionalizado” (léase “enchufe”), los padrinos no darían abasto. Las carreras más atractivas se llenarían de sobrinos, amigos e hijos de los amigos, hijos propios, etc.

¿Existen alternativas a la selectividad?

Es bien cierto que no es fácil buscar soluciones a las actuales estrategias sobre todo por que tenemos metida en el alma la exigencia de que tienen prioridad los problemas de la estructura sobre los problemas de los individuos.

Nos abruma pensar soluciones a cómo organizar una enseñanza de calidad a un gran grupo de estudiantes (no tenemos aulas, los horarios se harían imposibles, sería muy difícil organizar las prácticas, necesitaríamos nuevo profesorado, etc.) o cómo colocarlos cuando acaben sus estudios. Es decir, nos abruma los problemas del Sistema. En cambio llevamos bastante bien que estemos construyendo una generación en la que los sujetos aceptan ponerse a disposición del Sistema y hacer aquella carrera “que le toque”. No nos inmuta mucho (hasta que un hijo nuestro llega a ese momento, y si tenemos la suerte de que se trate de un

chaval o chavala brillante ni siquiera entonces) que un joven deba renunciar a lo que le gusta, a lo que siempre soñó (salvo que una introyección prematura de las condiciones del Sistema le condujera a ni siquiera llegar a soñar nunca en qué podría ser-hacer de mayor).

“¿Que se puede comprar con 6,27?”, contaba la prensa que preguntaba un grupo los muchachos de la última selectividad tras conocer sus notas. Es decir, “¿qué estudiaré en los próximos 5 años?, ¿qué seré durante toda mi vida?”. Esto era una cuestión que ellos/as desconocían un mes antes de comenzar su carrera. Algo cuya respuesta no les pertenecía en absoluto: dependía de la “nota de corte”.

Yo no me atrevo en absoluto a proponer nuevas estrategias. Cuando he podido participar en foros de tipo académico o institucional en los que se ha planteado el tema, he osado mencionar algunas de esas posibilidades. Claro que con ello sólo me he ganado alguna mirada despectiva de los decanos o responsables universitarios.

No es preciso insistir en que quizá la principal perversión del actual sistema de selectividad es la de hacernos asumir que no hay alternativa, que en la situación actual no cabe otra posibilidad.

Algunas posibilidades tomadas como simples sugerencias son las siguientes:

1- Primeros cursos de las Facultades selectivos.

Una opción interesante es dejar libre el acceso a las Facultades pero convirtiendo el primer curso en selectivo (total o parcial según se establezcan las condiciones).

Suele argumentarse que es una alternativa inviables pues algunas Facultades deberían multiplicar sus recursos humanos para atender a la gran cantidad de solicitantes.

Desde luego una solución de este tipo complicaría algo la organización de los estudios, pero no resulta una alternativa inviable. De hecho los recursos en profesorado no tendrían porqué aumentarse (aumentarían en unas Facultades pero descenderían en otras): el número de alumnos a atender en el conjunto de la Universidad al fin de cuentas es el mismo ya que mal que bien los alumnos van asentándose en las diferentes titulaciones.

Y en todo caso, ya señalé mi idea de que lo que no se puede hacer es atender solamente a las necesidades que se les generan a los Centros sacrificando a ello las legítimas aspiraciones de los individuos.

La principal *ventaja* de esta alternativa es que los estudiantes sabrían que la posibilidad de hacer o no una carrera depende de ellos y que tienen todo un año para demostrar si su interés viene acompañado de la capacidad de esfuerzo necesaria para afrontar esa carrera. Su futuro no lo decidirá el albur de un examen sino el trabajo personal a lo largo de todo un curso.

Una modalidad de este tipo requeriría una acomodación particular e los Planes de Estudios: ese primer curso selectivo debería incorporar materias genéricas que aporten una formación básica y general para ese perfil profesional junto a alguna materia más próxima a los contenidos propios de la carrera que permita a los alumnos acercarse y entrar en contacto con lo que es el mundo profesional al que desean incorporarse. No valdría una selectividad puramente genérica.

2- Exámenes por Facultades o ámbitos científicos.

Esta es una opción que no rompe con el modelo actual sino que lo reinterpreta: se siguen manteniendo los exámenes (y, por tanto, se sigue corriendo el mismo riesgo de hacer depen-

der el propio futuro de un momento y de las muchas debilidades técnicas de este tipo de instrumentos de evaluación). Pero tienen la ventaja, sobre el modelo actual, de que lo que te pide resulta más próximo a lo que tú pretendes orientar tu futuro profesional.

Se ha tildado a esta alternativa de excesiva y prematuramente especializadora. Cosa que resultará cierta sólo si las cosas no se hacen bien o si se exagera el nivel de especialización exigida en las pruebas. Es cierto que la etapa de la escolarización secundaria debe ofrecer una formación general y de base. Pero no es menos cierto, que dentro de esa formación los alumnos pueden irse orientando en la dirección que marcan sus opciones y preferencias personales (así van probando, entre otras cosas, si su "vocación" es un espejismo o responde a la realidad de sus capacidades y gustos).

3- Finalmente está la opción habitual en numerosos países: las Facultades poseen un marco de condiciones que los candidatos saben que deben atender si desean ingresar en ellas.

Esas condiciones han de ser lo suficientemente equilibradas y estar orientadas a priorizar, junto a la formación básica, aquel tipo de conocimientos más vinculado al ejercicio profesional.

Otra importante cuestión que habrá que evitar es la de hipertrofiar el marco de exigencias. Si esto no se tiene en cuenta estaríamos nuevamente ante la perversión de entender que uno precisa ser bueno en todo para poder iniciar su preparación para una profesión. Lo no mal es que una Facultad pudiera exigir calificaciones de Notable Sobresaliente en al menos tres materias: dos de ellas básicas para los estudios propios de esa Facultad y que sería señaladas por ella y otra a elección del propio estudiante.

En todo caso, la característica común a estas incipientes alternativas es que se dejan mucho más en la mano de los individuos el que construyan su futuro. Eso no hace que las cosas sean más fáciles para ellos (posiblemente al contrario) pero sí transmite el mensaje de que si uno desea realizar una carrera determinada está en su mano conseguirlo, basta con que se esfuerce lo suficiente y ponga los medios requeridos para responder a las condiciones exigidas que él/ella conocen de antemano.

En cualquier caso, se evitaría el drama actual de que el futuro de uno dependa de las décimas de la selectividad.